

Albert Camus

El donjuanismo

Albert Camus figura entre los más destacados escritores franceses de la joven generación. Su drama «Calígula» ha constituido el más extraordinario acontecimiento teatral de los últimos años en Francia y su ensayo «El Mito de Sísifo», al que pertenece el agudo análisis de Don Juan que publicamos a continuación, contiene visiones filosóficas interesantísimas, emparentadas con el Existencialismo



El amor fuera suficiente, las cosas serían demasiado simples. Mientras más se ama, más se consolida lo absurdo. Don Juan no va de mujer en mujer por falta de amor. Es ridículo representarlo como un iluminado en busca del amor total, mas, porque ama a las mujeres con igual transporte y con todo su ser cada vez, hay que restituirle ese don y esa profundización. De ahí que cada una espere darle lo que ninguna le ha dado nunca. Cada vez ellas se engañan profundamente y logran sólo hacerle sentir la necesidad de esa repetición. «Al fin,

exclama una de ellas, te he dado el amor». ¿Nos asombraremos de que Don Juan ría ante eso? «¿Al fin? No, dice. sólo una vez más». ¿Por qué ha de ser preciso amar rara vez para amar mucho?.

* * *

¿Es triste Don Juan? No lo creo verosímil. Apenas apelaré a la crónica. Esa risa, su victoriosa insolencia, su arrebató y su afición por el teatro, todo eso es claro y alegre. Todo ser sano tiende a multiplicarse. Así pasa con Don Juan. Pero, además, los tristes tienen dos razones para serlo: ignoran o esperan. Don Juan sabe y no espera. Hace pensar en esos artistas que conocen sus límites y no los traspasan jamás, y en ese intervalo precario en que su espíritu se instala tienen toda la maravillosa desenvoltura de los maestros. Y eso es, precisamente, el genio: la inteligencia que conoce sus fronteras. Hasta la frontera de la muerte física, Don Juan ignora la tristeza. Desde el momento en que sabe, su risa estalla y se lo hace perdonar todo. Fué triste durante el tiempo en que esperó. Hoy, en la boca de esta mujer, encuentra el gusto amargo y reconfortante de la ciencia única. ¿Amarga? Apenas: ¡esa necesaria imperfección que hace sensible a la felicidad!

Es un gran engaño tratar de ver en Don Juan a un hombre nutrido en el *Eclesiastés*. Pues para él nada es vanidad, salvo la esperanza de otra vida. Y lo prue-

ba, puesto que la representa contra el mismo cielo. La nostalgia del deseo perdido en el goce, ese lugar común de la impotencia, no le pertenece. Eso queda bien para Fausto, que creyó lo bastante en Dios como para venderse al diablo. Para Don Juan, la cosa es más simple. El Burlador de Molina, ante las amenazas del infierno, responde siempre: «¡Que largo plazo me das!». Lo que viene después de la muerte es fútil y ¡qué larga serie de días para el que sabe estar vivo! Fausto reclamaba los bienes de este mundo: el desgraciado no tenía más que extender la mano. Era ya vender su alma no saber darle regocijo. Don Juan, al contrario, ordena la saciedad. Si deja a una mujer, no es en absoluto porque no la desee más. Una mujer bella es siempre deseable. Es que desea otra. No es lo mismo.

Esta vida lo colma. Nada es peor que perderla. Ese loco es un gran sabio. Pero los hombres que viven de esperanza se acomodan mal a este universo en que la bondad cede su sitio a la generosidad, la ternura al silencio viril, la comunión al coraje solitario. Y a todos se les ocurre decir: «Era un débil, un idealista o un santo». Hay que disminuir la grandeza que insulta.

* * *

Nos indignamos mucho—o empleamos esa risa cómplice que degrada lo que admira—de los discursos de Don Juan y de esa misma frase que sirve para todas las

mujeres. Mas, para quien busca la cantidad de las alegrías, sólo la eficacia cuenta. El santo y seña que ha sido ya probado, ¿para qué complicarlo? Nadie, ni la mujer ni el hombre lo escuchan, pero sí oyen la voz que lo pronuncia. Es la regla, la convención y la cortesía. Uno lo dice, pero lo importante viene después. Don Juan se prepara a eso ya. ¿Por qué tendría que plantearse un problema de moral? No es como el mañara de Milosz para desear ser un santo que se condena. El infierno para él es algo que se provoca. Frente a la cólera divina, no tiene más que una respuesta y es el honor humano: «Tengo honor, dice al Comendador, y cumplo mi promesa porque soy caballero». Pero sería igualmente grande el error si hiciéramos de él un immoralista. A este respecto, es como todo el mundo: tiene la moral de su simpatía o de su antipatía. No se comprende bien a don Juan sino refiriéndose siempre a lo que él simboliza vulgarmente: el seductor ordinario y el mujeriego. Es un seductor ordinario, en su pleno sentido y con sus defectos. Una actitud sana supone también defectos. Con la diferencia que es consciente de ello y por eso es absurdo. Un seductor que llega a ser lúcido no cambia por eso. Seducir es su estado. Sólo en las novelas se cambia de estado o se llega a ser mejor. Pero se puede decir que a la vez nada ha cambiado y todo se ha transformado. Lo que Don Juan pone en acto es una ética de la cantidad, al contrario del santo que tiende hacia la calidad. No creer en el sentido profundo de las cosas es lo propio del

hombre absurdo. Esos rostros cálidos o maravillados, él los recorre, los ensambla y los quema. El tiempo marcha con él. El hombre absurdo es el que no se separa del tiempo. Don Juan no piensa en coleccionar mujeres. Agota su número y con ello sus posibilidades de vida. Coleccionar es ser capaz de vivir el propio pasado. Pero él se niega la melancolía, esa otra forma de la esperanza. No sabe mirar los retratos.

* * *

¿Es, por lo tanto, egoísta? A su manera, ¡indudamente. Pero aquí también se trata de entender. Existen los que han sido hechos para vivir y los que han sido hechos para amar. Don Juan, por lo menos, lo diría de buena gana. Pero él sólo puede elegir simplificando. Pues el amor de que se habla aquí está ataviado con las ilusiones de lo eterno. Todos los especialistas de la pasión nos lo enseñan: no hay más amor eterno que el contrariado. No hay pasión sin lucha. Semejante amor no encuentra fin sino en la última contradicción que es la muerte. Hay que ser Werther o nada. En esto hay también varias maneras de suicidarse, y una de ellas es el olvido total y la entrega de la propia persona. Don Juan, más que cualquier otro, sabe que eso puede ser emocionante, pero él es uno de los pocos que saben que lo emocionante no está en eso. Sabe también que aquellos a los que un gran amor desvía de toda vida personal se enriquecen acaso, pero empobrecen de se-

guro a aquellos que su amor ha elegido. Una madre, una mujer apasionada tienen necesariamente el corazón seco, pues está desviado del mundo. Un solo sentimiento, un solo ser, un solo rostro, pero todo es devorado. Es otro amor el que conmueve a Don Juan, y ese es liberador. Trae consigo todos los rostros del mundo y su estremecimiento proviene de que se sabe perecedero. Don Juan ha elegido ser nada.

Su problema es ver claro. No llamamos amor a lo que nos liga a ciertos seres sino por referencia a una manera de ver colectiva de la que son responsables los libros y leyendas. Mas del amor yo no conozco sino esa mezcla de deseo, ternura e inteligencia que me liga a tal ser. Este compuesto no es el mismo para tal otro. No tengo derecho a cubrir todas las experiencias con el mismo nombre. Eso dispensa de dirigirlas con los mismos gestos. El hombre absurdo multiplica aquí todavía lo que no puede unificar. Así descubre una nueva manera de ser que lo libera por lo menos tanto como libera a los que se le aproximan. No hay otro amor generoso que el que se sabe al mismo tiempo pasajero y singular. Son todas esas muertes y renacimientos los que constituyen para Don Juan la gavilla de su vida. Es la manera que tiene de dar y hacer vivir. Que cada uno juzgue si se puede hablar aquí de egoísmo.

* * *

Pienso ahora en todos los que quieren absolutamente que don Juan sea castigado no sólo en otra vida,

sino aún en ésta. Pienso en todos esos cuentos, leyendas y risas sobre Don Juan envejecido. Pero Don Juan está dispuesto a la vejez. Para un hombre consciente, la vejez y lo que ella presagia no son una sorpresa, pues él no es justamente consciente sino en la medida en que no se oculta su horror. Había en Atenas un templo consagrado a la vejez. Ahí llevaban a los niños. Mientras más se ríen de Don Juan, mejor se acusa su fisonomía. Niega con ello lo que los románticos le prestaron. Ese Don Juan torturado y lamentable no provoca la risa de nadie. Lo compadecen. ¿Lo rescatará el mismo cielo? Pero no es eso. En el universo que Don Juan entrevé, lo ridículo también es comprendido. Encontraría normal ser castigado. Es la regla del juego, y su generosidad consiste justamente en haber aceptado todas las reglas del juego. Pero él sabe que tiene razón y que no puede tratarse de castigo. Un destino no es un castigo.

Ese es su crimen y, como lo comprenden, los hombres de lo eterno convocan hacia él el castigo. Don Juan alcanza una ciencia sin ilusiones que niega todo lo que ellos profesan. Amar y poseer, conquistar y agotar, he ahí su manera de conocer. (Hay sentido en esa palabra favorita de la Escritura que llama *conocer* el acto físico). El es su peor enemigo, en la misma medida en que los ignora. Un cronista cuenta que el verdadero Burlador murió asesinado por franciscanos que quisieron poner término a los excesos e impiedades de Don Juan, a quien su nacimiento asegura-

ba la impunidad. Proclamaron en seguida que el cielo lo había fulminado. Nadie ha dado las pruebas de ese extraño fin. Nadie ha demostrado tampoco lo contrario. Pero, sin preguntarme si esto es verosímil, puedo decir que es lógico. Quiero retener solamente aquí el término nacimiento y jugar con las palabras: era la vida lo que aseguraba su inocencia. Sólo de la muerte le viene una culpabilidad ahora legendaria.

¿Qué significa, por lo demás, ese comendador de piedra, esa fría estatua movida para castigar la sangre y el coraje que se han atrevido a pensar? Todos los poderes de la Razón eterna, del orden, de la moral universal, toda la grandeza extraña de un Dios accesible a la cólera, se resumen en él. Esa piedra gigantesca y sin alma simboliza solamente las potencias que Don Juan ha negado para siempre. Pero la misión del Comendador se detiene ahí. El rayo y el trueno pueden volver al cielo artificial a donde fueron llamados. La verdadera tragedia se desarrolla fuera de ellos. No, Don Juan no ha muerto bajo una mano de piedra. Creo de buena gana en la bravata legendaria, en esa risa insensata del hombre sano que provoca a un Dios que no existe. Pero creo sobre todo que esa noche en que Don Juan esperaba en casa de Ana, el Comendador no vino y que el impío debió sentir, pasadas las doce, la terrible amargura de los que han tenido razón. Acepto mejor todavía el relato de su vida que lo hace enterrarse, para terminar, en un convento. No es que el lado edificante de la historia pueda ser tenido por

verosímil. ¿Qué refugio ir a pedir a Dios? Pero esto representa más bien la lógica culminación de una vida entera penetrada de absurdo, el feroz desenlace de una existencia vuelta hacia alegrías sin mañana. El goce termina en ascetismo. Hay que comprender que puede tratarse de los dos rostros de un mismo desasimiento. No se puede concebir imagen más espantosa: la de un hombre a quien su cuerpo traiciona y que, por no haber muerto a tiempo, consume la comedia esperando el fin, frente a frente con ese Dios al que no adora, sirviéndolo como ha servido a la vida, arrodillado ante el vacío y con los brazos tendidos hacia un cielo sin elocuencia que sabe también sin profundidad.

Veo a don Juan en una celda de esos monasterios españoles perdidos sobre una colina. Si mira algo, no son los fantasmas de los amores desvanecidos sino, acaso, por una tronera quemante, alguna llanura silenciosa de España, tierra magnífica y sin alma, en la que él se reconoce. Sí, sobre esa imagen melancólica y radiante hay que detenerse. El fin último, esperado, pero jamás deseado, el fin último es despreciable.

(Traducción de Luis Oyarzún).